

EL MARXISMO SE MUERE, EL MARXISMO HA MUERTO, ¡VIVA EL SOCIALISMO! Jean Elleinstein

Podría decirse, imitando el elogio fúnebre de Enriqueta de Inglaterra pronunciado por Bossuet: el marxismo se muere, el marxismo ha muerto. No queremos decir el socialismo, sino los dogmas establecidos desde hace un siglo y que recibieron este nombre, los regímenes que, a partir de la Revolución Rusa de 1917, se instalaron en todo el mundo y cuyo fracaso en todos los ámbitos ha quedado hoy claramente demostrado. ¡Qué extraordinaria revancha del destino, cuarenta y cinco años después del final de la Segunda Guerra Mundial! En ese momento, la Unión Soviética, aunque arruinada por cuatro años de guerra, se encontraba en su zénit, el Ejército Rojo ocupaba el este y el centro de Europa y los Balcanes, con excepción de Grecia; había llegado a 500 kilómetros de Estrasburgo, ocupaba el norte de Corea y Manchuria. Una Alemania sin gobierno era ocupada y aplastada. Francia y Gran Bretaña se encontraban debilitadas económica y moralmente, con sus imperios coloniales dispuestos a rebelarse.

Tan sólo Estados Unidos salió fortalecido de la guerra, pero ¿podrían evitar la dominación de toda Europa por la Unión Soviética? Nada parece funcionar y todo parecía posible para aquél al que Winston Churchill dio el nombre de Stalin el Grande.

Hoy, la Unión Soviética ha tenido que dejar libres a su destino a los pueblos europeos que se hallaban bajo su dominación. La Unión Soviética misma se desmorona por todos los lados, su eco-

nomía entró en un pronunciado declive, su sociedad está en crisis, sus nacionalidades en plena rebelión.

Por el contrario, Europa Occidental conoce una era de prosperidad pese a las contradicciones que la desgarran. La democracia política la ha llevado lejos. Su economía se ha desarrollado y modernizado. La Comunidad Europea existe, prepara un gran mercado único para 1993, una Europa monetaria y una Europa política. La historia se ha decidido a favor del socialismo democrático que es la principal fuerza de Europa y que tan importante papel ha desempeñado en el renacimiento europeo de los últimos decenios.

Desde la aparición del pensamiento socialista en el siglo XIX, se había establecido una gran controversia entre los que, como Marx, daban importancia primordial a la explotación del hombre por el hombre y los que, como Proudhon y Bakunin, insistían en los peligros del gobierno del hombre por el hombre. Esta discusión teórica continuó ya entrado el siglo XX, mientras nuevas divisiones se producían con la publicación del libro de Bernstein *Les presupposés du socialisme* en 1899. Según Bernstein, el concepto de revolución desarrollado por Marx no correspondía a la evolución del capitalismo. El movimiento era la esencia y no el fin. No era cierto que el capitalismo fuera a hundirse, corroído por sus propias contradicciones. La discusión establecida en el seno del partido socialdemócrata alemán —el más poderoso del mun-

do— sólo terminó con la Primera Guerra Mundial, que los socialistas no pudieron evitar, arrasados por la ola de nacionalismo que se desencadenó en todos los países de Europa. La revolución se inició en Rusia en marzo de 1917, pero la incapacidad de los dirigentes de la revolución democrática llevó el país al caos. Los bolcheviques, dirigidos por Lenin y Trotsky, respaldados por la mayoría de los habitantes de las grandes ciudades y por el ejército, tomaron el poder mediante un golpe de Estado que se anticipó al alzamiento militar intentado ya en septiembre de 1917 por el general Korlinov y siempre pendiente. Mientras tanto, las elecciones a la Asamblea Constituyente de diciembre de 1917 dieron la mayoría a los socialistas revolucionarios, lo que llevó a Lenin a disolver la nueva asamblea, pese al hecho de que los bolcheviques sólo habían obtenido el 25 por 100 de los votos en la elección de diciembre. La guerra civil iba a hacer estragos durante varios años. Los bolcheviques terminaron por vencer en un baño de sangre que dejó a Rusia al borde de la miseria. La dictadura del partido bolchevique, apoyado por la *Cheka* (la policía política), era ya total. La idea expresada por Lenin desde 1906 del poder ilimitado que no se basaba en ninguna ley podía ya ponerse en práctica y perpetuarse. Este fue el reproche que hizo Leon Blum durante el congreso de Tours en 1920, durante el que se produjo la escisión del Partido Socialista francés y nació el Partido Comunista francés. La ausencia de democracia era el pecado original de la revolución bolchevique. Podía parecer que la guerra civil, la intervención extranjera y los horrores de la Primera Guerra Mundial justificaban esa dictadura, que se suponía había de ser pasajera. Sin embargo, en el espíritu de los bolcheviques existían numerosas contradicciones. ¿Acaso no escribía Lenin en un documento entonces secreto (Lenin, *Obras*, tomo XLII, Proyecto de decisión de la Oficina política del CC del PCUS referente a la venta libre de los libros almacenados en los depósitos de Moscú, pág. 357) que era necesario destruir los libros pornográficos y religiosos? «El remedio inventado por Lenin y Trotsky —escribía Rosa Luxemburgo (Rosa Luxemburgo, *Obras II*, FM/ petite collection Maspero, pág. 79) en su prisión de Breslau, hoy Wrocław— de suprimir la democracia es todavía peor que el mal que pretendía corregir». Rosa Luxemburgo añadía: «Pero si se asfixia la vida política en todo el país, la parálisis se impondrá obligatoriamente en la vida de los *soviets*. Sin elecciones generales, sin libertad de prensa y de reunión ilimitadas, sin una lucha de opiniones libre, la vida se debilita en todas las ins-

tituciones públicas, vegeta y la burocracia se convierte en el único elemento activo.»

La revolución soviética llegó así a la dominación de un partido en el que había sido suprimida la democracia y que dominaba no sólo el aparato del Estado, sino toda la vida del país e incluso el espíritu de los individuos que lo formaban. Como subrayó Bujarin en sus notables artículos, publicados en el diario *Pravda* de 1929-1930 antes de ser apartado de la política por su enfermedad, Lenin se dio cuenta con horror del abismo que se abría a los pies de los bolcheviques, el imperialismo panruso, la burocracia y la barbarie, pero no tuvo ni el tiempo para llegar hasta el final de esta crítica, ni la suficiente conciencia de las responsabilidades que les correspondían a él y a su partido.

Mientras tanto, los terribles dramas de la Primera Guerra Mundial parecían dar la razón a los que combatían un sistema capaz de llegar a tales resultados.

A la muerte de Marx, su compañero y heredero Friedrich Engels había creado la primera forma de marxismo, utilizando la parte más dogmática del pensamiento del propio Marx: la autopsia mesiánica y un gran número de frases afirmadas y repetidas a lo largo de toda una vida marcada más por el trabajo intelectual que por la acción política. La crítica justificada de las consecuencias del capitalismo salvaje del siglo XIX se transformó en un análisis incompleto de los mecanismos económicos. La división de la sociedad en clases antagónicas fue concebida como la base de una historia en la que el socialismo debía suceder inevitablemente al capitalismo mediante una revolución en la que el proletariado se convertiría en clase dirigente y establecería transitoriamente su dictadura. La historia adquiriría así un sentido en el que la evolución de las fuerzas productivas ocupaba el papel central. Engels publicó entonces el segundo libro de *El Capital*, que Marx se había considerado incapaz de terminar. Cristalizaba en él un pensamiento esencialmente crítico y transformaba al investigador científico en padre espiritual de un dogma hecho a la medida de los nuevos tiempos que se anunciaban a finales del siglo XIX. Por más que Marx repitiera, al final de su vida, que no era marxista, ya era demasiado tarde. El marxismo había nacido. Se desarrollaba así un *corpus* doctrinal en el que las contradicciones del mundo se asumían e integraban, en suma, en un sistema de pensamiento y acción. Los partidos socialistas nacidos y federados en la II Internacional reforzaron los dogmas necesarios para la acción política cotidiana.

La revolución, la dictadura del proletariado, la esperanza de un mundo mejor y la fe en un socialismo purificador pasaron a ser, entre otros, el alfa y el omega de Kautsky y de Jules Guesde. En todo ello, el papel de la nación, que Marx nunca había comprendido, tendía a desaparecer a favor de un internacionalismo simpático pero sentimental que las crudas realidades de 1914 parecieron desacreditar durante mucho tiempo.

El éxito de los bolcheviques en la guerra civil les proporcionó una nueva vida. Con Lenin y sus sucesores, nacieron distintas formas de marxismo, las de Zinoviev, Kamenev o Bujarin, la de Trotsky y, por último y sobre todo, la de Stalin. El austromarxismo fue un intento original de aprehender el problema de las nacionalidades y de tener en cuenta la democracia política.

El marxismo-leninismo no fue sino el estalinismo triunfante en la Unión Soviética y en 1945 se extendía ya a parte del planeta. A los dogmas cada vez más simplificados se añadió el florecimiento de una verdadera iglesia, el partido comunista, con sus dioses vivos o muertos —Marx, Lenin, Stalin o Mao—, sus santos y sus mártires. El comunismo se instalaba en la propia historia, pero se mostraba como la versión laica del mesianismo judeocristiano. Podía parecer así que el socialismo democrático no daba la talla.

Durante mucho tiempo, los primeros dogmas marxistas, los de Engels y Kautsky, dominaron los partidos socialistas. Aunque Blum había sabido comprender los peligros de la revolución bolchevique —la creación de un partido monolítico y todopoderoso—, en su discurso de Tours seguía aceptando la dictadura del proletariado. Así llegó al destino dogmático de distinguir entre el ejercicio y la conquista del poder. La identificación del socialismo con la colectivización de los medios de producción y de cambio llegó a ser un dogma tan poderoso que cuando la izquierda francesa alcanzó el poder en 1981, intentó ponerlo en práctica en gran medida.

Los dogmas marxistas, nacidos en Europa Occidental, triunfaron en Rusia y se extendieron por todos los países del Tercer Mundo, donde la lucha secular entre proletariado y burguesía se transformó en combate entre países pobres y países ricos.

Con la guerra fría y la descolonización, el socialismo democrático pareció meterse una vez más en callejones sin salida, participando aquí y allí en guerras coloniales para defender el Imperio (en Francia, sobre todo). Tras el mundo esquematizado de la guerra fría, se dibujaban sin embargo fuerzas radicalmente distintas. Hizo falta que des-

ciendiera la tensión internacional para que los vientos cambiaran de dirección. Al maniqueísmo inicial de la guerra fría, que favorecía, por un lado, a los estalinistas y, por otro, a los conservadores, siguió un período más favorable para el socialismo democrático. Sus éxitos se miden por su capacidad para romper —con hechos y palabras— con los dogmas marxistas y no sólo con el marxismo-leninismo, sino con las primeras variedades de épocas anteriores. Este fue, de hecho, el triunfo histórico aunque modesto, de Bernstein. Los socialistas alemanes fueron los primeros que tuvieron en Bad Godesberg el valor de afirmarlo.

El socialismo democrático contribuyó a defender o a crear y ampliar la democracia política. Desarrolló el Estado Social, protector de los más decaídos, y la economía mixta, fundada en el mercado y en su regulación por parte del Estado. Propietario de una parte más o menos grande de los medios de producción y de intercambio, el Estado interviene en los aspectos financieros y presupuestarios, desempeña un papel cada vez mayor en el terreno cultural, mediante la política de enseñanza a través de los medios de comunicación y de los centros culturales. El Estado de Derecho no es sólo una forma jurídica determinada sino una realidad económica, social y cultural específica en los países europeos, y que tiende a reducir la desigualdad social y cultural engendrada por milenios de historia y agravada por el capitalismo salvaje del siglo XIX. La muerte de los dogmas marxistas no puede eliminar los valores de que eran portadores, las legítimas aspiraciones de los socialistas y del comunismo de los siglos XIX y XX.

Si ha llegado el momento de enterrar los dogmas marxistas en sus distintas variedades, es para definir mejor los rasgos específicos del socialismo en este final del siglo XX y comienzo del XXI. Nosotros, en Europa Occidental, no estamos ya en la fase capitalista descrita y estigmatizada frecuentemente y justamente por Marx. Evitemos caer en la trampa de las palabras. Es evidente que en nuestras sociedades de Europa Occidental se sigue dando la explotación del hombre por el hombre. Los efectos del mercado son a menudo nefastos para una parte importante de la población, pero el progreso de las tecnologías, la autorregulación y las intervenciones del Estado han modificado la naturaleza misma de nuestro sistema económico y no sólo las formas del capitalismo previo. El socialismo no puede confundirse con un modo de producción. En la complejidad del mundo contemporáneo, es necesario saber que nos enfrentamos a algo intrínsecamente nuevo que no es ni el capitalismo de Marx ni el socialismo de las uto-

pías socialistas y comunistas del pasado. Estas sociedades están llenas de defectos y contradicciones. La democracia engendra corrupción y produce cierto desorden. La búsqueda de la gestión por la gestión no proporciona a los jóvenes un ideal satisfactorio y los lleva a buscar placeres peligrosos, como los que proporcionan las drogas. Nutre los fanatismos religiosos, favorece la delincuencia, destruye todo valor moral. Es necesaria una gestión eficaz que, sin embargo, no basta. Sin duda alguna, éste es el problema decisivo del socialismo contemporáneo en los países de Europa Occidental. Los partidos socialistas o socialdemócratas, poco importa su nombre, han sido llevados al poder democráticamente, tanto si lo ejercen solos como si lo comparten en el seno de una coalición democrática. En Francia, por ejemplo, empujados por su unión con el Partido Comunista y por su propia tradición guesdiana, emprendieron primero una política de nacionalizaciones a gran escala, pero rápidamente comprobaron sus nefastas consecuencias sobre la inflación, el déficit presupuestario y la fuga de capitales, lo que explica la política llamada de rigor, iniciada en la época del gobierno Mauroy y que ha permitido vencer la inflación, limitar el déficit presupuestario y favorecer las inversiones. La identidad socialista, sin embargo, no puede afirmarse sólo a través de esta política. La gestión sana de la economía debe integrarse en una finalidad, en una perspectiva diferente de la del liberalismo, incluso en su versión más moderna. La dirección de una sociedad de este tipo es delicada, debido a la competencia internacional a la que se enfrenta Europa —una competencia ajena a este continente (EEUU y Japón, en primer lugar)—, pero debido también a la extrema sensibilidad de los equilibrios internos y externos sobre los que descansan el bienestar y la estabilidad; pero ha de quedar claro que el socialismo, aun respetando las necesidades de una buena gestión económica, debe proponer las bases de un proyecto social y cultural capaz de dinamizar la sociedad y de introducir en la cotidianidad un poco de ese sueño sin el que las cosas no pueden ser sino lo que son.

La muerte de las grandes construcciones utópicas surgidas en el siglo XIX no debe hacernos descartar la necesidad de ideas nuevas que trasciendan la realidad y la sobrepasen un poco. Pueden formularse algunas hipótesis destinadas a servir de pistas de reflexión. Construimos la Comunidad Europea, inicialmente económica, que tiende y tenderá a ser política. Al contrario de lo que temen algunos socialistas —por ejemplo, en Francia, Régis Debray—, esta Europa no es la destruc-

tora de las naciones que la componen. Es necesario no confundir el Estado y la Nación como hace Régis Debray en la tradición del Estado-Nación jacobino. Construir Europa y darle una forma federal no es debilitar ni la conciencia nacional ni las características fundamentales que constituyen la Nación. Estamos en una era planetaria y la Comunidad Europea puede ser una de las bases de la nueva organización mundial que precisamos hoy para hacer frente a los desafíos tecnológicos y a las amenazas que pesan sobre nuestro medio ambiente. Se trata de crear una nueva conciencia a la vez nacional y europea, dando así respuesta a una de las preguntas clave del mundo contemporáneo desde el siglo XIX. Sin duda, en ningún otro lugar quedó más claro el fracaso del socialismo desde 1914, cuando fue incapaz de oponerse a la ola de nacionalismo que inundó Europa y provocó la Primera Guerra Mundial.

Dar una dimensión europea es, pues, un elemento constitutivo del socialismo del futuro. Hacerlo es tanto más necesario cuanto que la caída de los regímenes comunistas de la Europa del Este abre el camino para el resurgimiento de los nacionalismos más peligrosos para el porvenir de Europa. Por primera vez en su historia, estos pueblos pueden elegir libremente su destino. No pudieron hacerlo en 1848. Las grandes potencias europeas los dominaron hasta la Primera Guerra Mundial. En 1919, los tratados de Versalles fueron dictados por los vencedores y en 1945 fueron entregados a Stalin. Darles un porvenir europeo a través de las distintas instituciones podría ser la forma de crear los cortafuegos necesarios frente a los nacionalismos generadores de conflictos y desequilibrios. Al orden soviético, que descansaba en la fuerza de las bayonetas, debe suceder la paz europea, que reposará sobre la democracia y la libertad de elección de los pueblos. Dependerá de los pueblos europeos de la actual Unión Soviética que se integren en el proceso de constitución de una federación europea susceptible de unir así a todos los pueblos hasta ahora separados, desde el Atlántico a los Urales. Esta Europa confederal será el complemento necesario de la Europa Comunitaria. No excluye, evidentemente, a los Estados Unidos, cuya presencia en Europa sigue siendo esencial para el equilibrio de nuestro continente.

A través de esta política europea —Comunidad por una parte y Confederación por otra— podemos desarrollar nuestra perspectiva socialista reduciendo las desigualdades sociales y culturales y ofreciendo a todos una ética nueva fundada en las relaciones equilibradas y armoniosas entre el Es-

tado, la sociedad y los individuos. El Estado regula la economía, protege a los más desprovistos y garantiza el orden público. La sociedad reúne a los individuos y los organiza en el seno de sus empresas, de la familia, de las escuelas y a través de todo tipo de instituciones. El individuo intenta expandirse en su diferencia, tanto étnica como económica o cultural, en el seno de la sociedad y bajo la protección del Estado, donde los excesos de la burocracia y los peligros de la corrupción son combatidos por la democracia política. Esta no sólo se fundamenta en las libertades públicas, el derecho al voto y el sistema representativo, sino también en la participación activa de los ciudadanos en la gestión de sus propios asuntos de una forma directa. Desde ese momento el socialismo adquiere un valor ético preponderante. No es, digámoslo una vez más, al revés de lo que hemos pensado durante mucho tiempo, un modo de producción. Representa, por el contrario, un nuevo intento de dar una conciencia y una moral a nuestra civilización tecnológica. La aceleración de las mutaciones tecnológicas debidas al genio humano no va acompañada de progreso moral, todo lo contrario.

Por último, no nos es posible aislarnos en nosotros mismos, ignorando la existencia del Tercer Mundo ni contentarnos con una política de caridad individual y colectiva. La progresión demográfica es allí de tal grado que el foso que separa los países desarrollados de los demás es cada vez más grande. Más de cuatro millares de millones de individuos son cada vez más pobres mientras se enriquece —desigualmente, es verdad— el millar de millones de habitantes del mundo desarrollado. Esta situación se agravará en los próximos veinte años, a causa del auge demográfico de estos países, especialmente en Africa, donde el índice de fecundidad es casi de cinco hijos por mujer. Pueden discutirse los regímenes políticos de estos países y las formas de ayuda occidental, pero no es posible hacer desaparecer estos problemas con un simple golpe de varita mágica. La abolición misma de las deudas tiene, en este sentido, un valor más simbólico que real. Podemos ayudar a estos países a reducir sus índices de natalidad y

a aumentar su producción mediante acciones puntuales que requerirán la acción individual y colectiva de los pueblos de los países desarrollados: hermanamiento de regiones, ciudades y pueblos, médicos del mundo sin fronteras, planificación familiar, gestión, enseñanza, etcétera.

Construir la Europa Comunitaria y crear la Confederación europea, dominar nuestro desarrollo tecnológico para ponerlo al servicio de la humanidad y combatir la desigualdad social y cultural, ayudar realmente al Tercer Mundo, mejorar la práctica de la democracia para poner al Estado al servicio de todos, permitir el florecimiento de todas las nacionalidades y colocar en el centro de toda su acción al individuo, respetando lo específico de cada uno, es decir, las diferencias, así debe ser el proyecto del socialismo de hoy y mañana. Se trata, por tanto, del renacimiento de un nuevo humanismo, muy alejado de las utopías homicidas del pasado pero que, al mismo tiempo, no se contenta con la dura realidad y con su gestión cotidiana. Deseemos que los hombres de Estado que se dicen socialistas no lo olviden, cualquiera que sea la dificultad del arte de gobernar.

Estamos lejos de la Revolución, de la dictadura del proletariado, de la lucha de clases a la que no se puede reducir la historia entera por muy importante que sea, de la colectivización de los medios de producción y de intercambio, de todos los mitos fundadores de los orígenes marxistas. No han producido sino catástrofes, pero hoy su hora ha pasado. La visión mesiánica, milenarista que los caracterizaba ha demostrado su nocividad material y moral. Dejemos a todos los que creen en el mundo del más allá. Para ellos, como para todos los seres humanos, encontremos la vía de un socialismo que no puede ser más que el humanismo de nuestra época. ¡El marxismo se muere, el marxismo ha muerto! El socialismo vive, vivirá y crecerá porque permitirá a la humanidad salvarse del desastre y mejorar la condición humana. Para ello, le hace falta existir material y espiritualmente en las cosas y en la conciencia. El siglo XXI se verá dominado por la preponderancia del espíritu y de su lucha para dominar las consecuencias del progreso científico y tecnológico.